¡Qué pensamiento, alma mía, tan profundo y tan regalado! ¡Cómo debes alentarte meditándole! ¡Cuánto es tu amor hacia mí, Dios mío! Ando mendigando migajillas de amor en las criaturas y menosprecio tu infinito amor. Me habéis criado para poseer el amor y gozar del amor y le busco hasta que le encuentro, pero no me es posible encontrarle fuera de Vos. ¡Vivo en Dios, que es el amor infinito, y Dios está en mí y quiere llenarme de su infinito amor! ¡Cuánto me amas, Dios mío, y cuánto me esperas ofreciéndome tu amor para hacerme dichoso!

Cuando me recojo a pensar dentro de mí mismo estas verdades de fe, veo muy claro que estás en mí, que estás invitándome al amor y llenándome de gracia y de amor. Dios mío, sé que estás obrando en mí, en lo íntimo de mi alma y de mis potencias, lo que yo no comprendo; estás preparándome para que yo sea perfectamente tuyo; estás preparándome para la transformación sobrenatural y la santificación. La santidad es florecimiento de tu amor en el alma; es plenitud de tu amor en el alma; es el alma hecha amor tuyo. Limpia lo manchado que hay en mí; quita la ruindad que yo he puesto; pon luz y hermosura tuyas en mi oscuridad; prepárame y toma posesión total de mí. Dios mío, hazme sol tuyo, hermosura tuya, verdad y bondad tuyas, gozo tuyo.

Porque esto viene a ser la vida de santidad.

La santidad es la compenetración con Dios; es la unión con Dios. No es una unión y compenetración material ni de contacto; es unión íntima del alma y de las potencias del alma con Dios; la voluntad y el entendimiento del alma se llenan del querer de Dios y del entender de Dios y se hacen una misma cosa con El, sin perder la personalidad; es unión de amor con el amor de Dios; es amar a Dios y todas las cosas con el mismo Dios. Aspirar a la santidad es aspirar a esta dichosísima e inefable unión. Esto quiere Dios de mí y para esto me llama y me insta. Amando con Dios haré en todo lo que Dios quiere por lo mismo que su querer es el mío.

Yo he venido buscando a Dios y he empezado a buscarle y continúo buscándole, porque Dios me buscó a mí. ¿Cómo era posible que yo te buscase, Dios mío, si no me hubieras dado tu luz para desearte y no me hubieras buscado Tú? ¿Cómo podía comprender yo que me había de entregar a una luz tan inefable e incomprensible, si no me hubieras iluminado Tú con tu misma luz? Pusiste en mí la luz de la fe y la luz de la gracia; ellas me enseñaron a buscarte y a ofrecerme a Ti. Porque me has dado tu misericordia te busco con la esperanza confiada de que has de terminar la obra que en mí empezaste llenándome mi alma de Ti mismo con tanta plenitud cuanta sea mi fidelidad. Amame, Dios mío, y dame tu amor para que yo te ame.

Sé que el alma que te busca guiada por Ti te busca y te encuentra y el gozo que siente al encontrarte es inenarrable, porque es el gozo de encontrar la Verdad y la Hermosura infinita, el gozo que llena de la soberana realidad. Tú eres la Verdad que encierra toda la verdad; Tú eres el Amor que comunica todo bien.

35. Dios me ha amado y ama. Dios me ha criado por amor y me ha escogido y traído aquí con El para llenarme de su amor y hacerse mío y tanto será mío cuanto yo sea de El. Escribe Santa Teresa, en su *Vida,* que en una de las comunicaciones o mercedes extraordinarias que el Señor la hizo le dijo con muy regalado amor: *Si no hubiera criado el cielo, por ti sola lo criara.* Esto que dijo a la santa nos lo dice a todos y me lo dice muy en particular a mí. Dios es tan mío como lo fue de los santos. Dios es tan para mí como fue para Santa Teresa y quiere obrar en mi alma lo mismo que obró en la suya. Dios me ha llamado y traído para hacerme santo, para poner en mi alma su trono de amor, para estar en mí por amor. Si yo correspondo a su llamada y a su inspiración, también crearía el cielo para mí solo, en el supuesto que no lo hubiera criado para todos sus santos. Dios quiere estar por especialísimo amor en mi alma, llenándome de sus misericordias, haciéndome amor suyo, haciéndose amor mío.

El cielo es estar lleno de Dios en sumo gozo; es la redundancia del amor glorioso de Dios en el alma. Aun cuando no hubiera criado más criaturas que a mí, si yo correspondo a su llamada de amor, por mí solo hubiera criado el cielo; el amor infinito que me tiene le hubiera movido a criar el cielo para premiarme.

Pero el cielo no es la creación material del local, con todas las bellezas y encantos con que le haya adornado para dicha de los bienaventurados. El cielo es inmensamente más alto y dichoso. El cielo verdadero no es el local material ni todas las delicias criadas. El cielo verdadero es el mismo Dios. El cielo local o material, con todas las radiantes delicias y encantos insoñables, con todas las jerarquías de los ángeles, es algo criado, luz creada, belleza creada, y de lo criado por insospechable que sea en toda delicia, hasta llegar a Dios criador hay infinita distancia. Dios me ha hecho para El mismo, para el infinito Bien e infinita Verdad. Dios mío, Dios mío: Tú me llenarás de Ti mismo, de lo infinito de Ti y de tus perfecciones. Tú serás mi cielo y siempre estarás en mí, siendo mi dicha en el infinito bien. Y Tú, Dios mío, estás ahora en mí y amándome y llenándome de gracia. Está en mí el mismo que ha de ser mi cielo eternamente. ¿Cómo no saltas de gozo y te entregas en abnegado amor y te deshaces agradecida a Dios,

alma mía? Déjate hacer amor y vive la verdad del amor y permanece escondida viviendo en Dios.

Si Dios creara el cielo por la Santa y si Dios crearía el cielo sólo por mí, es porque Dios se hace mío y me hace suyo, porque me hace participante de sus perfecciones y de su naturaleza por la gracia. No sólo lo hará en el cielo. Allí lo hará ya gloriosamente, pero lo está haciendo ahora real, aunque misteriosamente.

Me enseñan las ciencias físicas en la anatomía que mi ser físico se está continuamente renovando, de tal modo que cada diez años me he renovado todo sin dejar de ser yo y sin perder ni mi personalidad ni mis cualidades físicas. Mueren continuamente unas células y van naciendo y sucediéndose otras, permaneciendo el mismo sujeto y la misma vida. Con cierta semejanza puedo considerar que Dios hace lo mismo en mi alma, no con células físicas, sino con la vida de gracia y de amor. Dios está obrando en mí su obra maravillosa de amor, si yo correspondo y soy fiel; está transformando mi alma, levantándola, sobrenaturalizándola para tomar posesión de mí, para comunicarme sus perfecciones y que yo, en cierta manera delicadísima, misteriosa y altísima, tome posesión de Dios. Y lo hará con tanta mayor maravilla cuanta sea mayor mi voluntad y mi cooperación. Depende de mi voluntad el que Dios tome posesión de mí. Se ha condicionado su obrar a mi querer. Dios

está en mí; soy de Dios. Dios es mío, para mí, se me da.

Cuando ponemos la atención en la inmensidad del universo se anonada y pierde la imaginación ante las inmensidades de los mundos y de las distancias. Cuando leo las maravillas de Dios en la creación y en sus inmensidades, me dicen que hay millones y miles de millones de años de luz de unos astros a otros y de unas galaxias a otras. ¡Qué serán esas distancias! ¡Cuáles esas grandezas! Pero ¿qué comparaciones puedo establecer entre esas abrumadoras grandezas, inmensidades y maravillas y la grandeza de dentro, de la vida de gracia y con la santidad? ¿Cómo pretender comparar todo esto y millones de grandezas mayores y más numerosas que éstas con el Criador de todo, con Dios, el Infinito?

¡Y Dios infinito está en mí! ¡Dios infinito me ha llamado para que yo esté con El y en El, para que yo no solamente trate con El y esté presente a El, sino para transformarme en amor suyo, para hacerme suyo en unión de amor y para hacerse mío por esa misma unión. Siempre Dios me mira y está conmigo, en mí; siempre debo yo atender a Dios y estarle ofrecido y amando. Debo tener presente a Dios.

Cuando estoy en la oración, recogido con Dios, aun cuando esté en aridez, ese Dios infinito está en mí, está amándome, enseñándome, transformán-

dome. Dios mío, que yo ponga mi atención en Ti y te mire. Esta será mi gran oración. Que yo me deje vestir el vestido de tu gracia y de tu amor. Que yo me deje llenar de Ti.

Sale el sol sobre la tierra y los rayos del sol iluminan la superficie y la calientan; los rayos del sol dan la vida y crean la hermosura y fertilidad. La tierra recibe todo eso.

Por una más alta y delicada manera que el sol, Dios está en mí, está dándome la vida, iluminándome, poniendo sus rayos de infinita hermosura en mi alma para hermosearme. Yo no tengo nada más que atender a Dios, mirar a Dios, ponerme en Dios y recibir cuanto Dios me está comunicando. Dios está dentro de mí, en la esencia de mi alma y está obrando en mí su obra sobrenatural. Alma mía, recógete dentro de ti con Dios. Recoge cuanto está poniendo en ti. ¡Cuán llena estarías ya de belleza, de luz, de amor, si recibieses y conservases cuanto el Señor te está dando!

Ya que para esto me has llamado y traído al claustro, dame la gracia de que no pierda yo tantos tesoros como en mí pones tan largamente. ¡Que no ponga yo impedimento alguno para que puedas hacer de mi alma un cielo hermosísimo, como es tu voluntad! Sueño yo con el cielo y ya podía mi alma ser cielo hermoso de Dios, donde El estuviera complacido. Puesto que mi alma está en Dios, que es el cielo verdadero y la gloria feliz, quiero entre-

garme perfectamente y que mi comunicación y conversación sea con Dios para que me ilumine, me hermosee y se transforme. Quiero, como Dios lo quiere, que me una en amor con El mismo.

Y sueño con la felicidad, sueño con el cielo. ¿Por qué no estaré yo siempre atento a Dios y puesto en Dios? ¿Puede compararse la felicidad que mi imaginación o mi inteligencia puedan soñar movidas de conocimientos de ciencia humana, sean de filosofía, sean de teología o de ilusiones fantásticas, con la altura, hermosura y grandeza de esta dichosa realidad de Dios viviendo en mí, amando y llenando mi alma? ¿Qué pueden enseñar o discurrir los hombres que se acerque ni muy remotamente ni pueda llegar a dar idea de lo que es esta divina realidad? Y Dios me ha escogido y traído al retiro de su casa y en su compañía para que tenga no la felicidad soñada por los hombres, sino la inmensamente más grande de la felicidad real que Dios comunica aquí al alma viviendo en ella y la esperanza gozosa de la del cielo.

36. ¡La felicidad! ¡El cielo!... ¡Para siempre! Santa Teresa repetía estas palabras siendo niña y le quedaron impresas en el alma para toda su vida. El cielo es la expresión de la felicidad en Dios, como la aprendí de niño en el catecismo: *El lugar donde están reunidos todos los bienes sin mezcla de mal alguno*. No pueden entrar allí ni la

tristeza, ni la desconfianza, ni las lágrimas, ni la inquietud o mal alguno. El cielo es la felicidad, la satisfacción de todo deseo; porque ni un solo deseo se puede tener que no se satisfaga dichosamente, pero por un modo inmensamente más alto y gozoso que lo que ahora podemos pensar. El cielo es el cúmulo de todo bien, de toda alegría y complacencia. Donde todo lo conoceremos y sabremos, donde conoceremos y trataremos a todos con intimidad, contento y sin desconfianza alguna. Veremos la voluntad y el amor de todos.

Pero yo pienso más dulce y regaladamente, sin comparación más allá. Todas estas hermosuras del cielo serían como nada sin la posesión del mismo Dios. De estas delicias a Dios hay infinita distancia. *El cielo verdadero y la gloria verdadera y esencial es Dios.* Dios es el que comunica sus bienes y sus perfecciones y su felicidad al alma. *El cielo, la felicidad, es el estado perfecto donde están reunidos todos los bienes, porque es la unión y la posesión con el sumo Bien increado, que es el último fin, que satisface toda ansia y todo deseo. La felicidad se alcanza cuando el alma se une inseparable con el bien increado e infinito, que es su fin.* Se une en su misma esencia y se une con sus potencias. *La felicidad y el cielo es la visión directa de Dios en su esencia, ayudado y levantado el entendimiento por la luz de la gloria. El alma se une al Sumo Bien inseparablemente y le hace suyo*

en sumo e inacabable gozo. El alma descansa obrando la obra más alta y en el más alto gozar. Porque la felicidad del hombre no es algo muerto, sino vivo. La felicidad es obrar con total descanso y gozo la obra más alta y más noble de la facultad más perfecta del hombre. Y la facultad más perfecta del hombre es la que más se asemeja y más se acerca a Dios. Y es la inteligencia, que tiene como propio objeto y fin la verdad y el bien más perfecto, que cuando se ha alcanzado produce el amor y el gozo más alto y más intenso. La felicidad perfecta es ver a Dios, entender a Dios, gozarse en contemplar a Dios, en lo que está todo el Bien supremo y el cúmulo y reunión de todos los bienes sin mal alguno ni temor de perder este bien, y este bien no puede ser mayor, pues llena la capacidad de la potencia o voluntad, y en Dios veré todas las cosas y sus propiedades y perfecciones. Todo esto me dice Santo Tomás.

Es ya estado permanente y seguro de dicha donde se poseen no sólo los bienes conocidos de las criaturas, sino los bienes increados y del Criador, en cuya comparación son como oscuridad y fealdad y pobreza los bienes de las criaturas o que conocemos y podemos soñar. Dios amorosísimo comunica al alma sus perfecciones infinitas y la envuelve y empapa en su inmensidad y omnipotencia, en su sabiduría y hermosura, en su entender y en su amar y la hace participante de todos ellos, según sea la

capacidad que el alma haya conseguido en la tierra por su amor a Dios y el ejercicio de las virtudes. Las virtudes y el amor son como la capacidad de la felicidad en el cielo.

La felicidad es la unión del entendimiento y de la voluntad, la unión del alma con la misma esencia divina y con el sumo Bien, con el entender y querer divinos. No es una soldadura o una yuxtaposición, sino una fusión y quedar empapado, fijo, permanente con el sumo Bien, con la suma Verdad, con el sumo Poder y el sumo Gozo. Por eso el alma es levantada y transformada en hermosura, en sabiduría, en bondad. Por eso el alma ama ya con el mismo Dios y goza y ve o entiende con el mismo Dios para siempre, para siempre en la exaltación del sumo gozo, sin hastío ni cansancio. Y en el gozo de Dios se goza con el gozo de todos los ángeles y bienaventurados, que ve y conoce en su misma esencia, sin engaño ni error, y la llena de gozo, el gozo de todos los demás y la equitativa justicia de Dios.

La felicidad es la visión de la esencia de Dios. Cuando el alma por la luz de la gloria entra en la visión de Dios es levantada, es transformada en gloriosa y entra a ver y poseer mundos nuevos no soñados y vida nueva no imaginada. Entra en la vida de Dios, en el infinito bien de Dios, en lo que enseñaba la fe.

37. En la tierra sólo podemos tener un conocimiento de Dios muy borroso y sumamente bajo y pobre. Dios es sobre todo el conocimiento que podemos tener las criaturas, aun las angélicas sin la luz de la gloria. No hay comparación que pueda tener proporción con Dios. Sólo el conocimiento de la fe nos dice lo que es Dios; pero el conocimiento de la fe es oscuro; es ilimitado; es sobre todo otro conocimiento, pero oscuro. La fe me dice: *Dios es sobre todo, el infinito.* ¿Qué será Dios? ¿A qué podremos compararte, Dios mío? Dios es sobre todo: sobre toda hermosura, sobre toda luz, sobre toda comprensión; Dios es el ser infinito, el sin límites en toda perfección y en todo bien. Por la visión de Dios el alma entra en la posesión de Dios, el alma entra en el gozo de Dios, en la glorificación y felicidad de Dios, donde no cabe ni disminución ni tristeza alguna; pero donde se recibe una plenitud de exaltación de gozo, de iluminación y de belleza increada que no cabe más y para siempre. El alma se hace una cosa con Dios.

¡Y todo eso infinito está ahora en mí! Si estoy en gracia se hace mío, se me da. Yo me recojo en silencio, en la oración, y sé que está en mí el infinito, Dios, mi Padre, que me ama, a quien eternamente veré y le conoceré y le gozaré en gloria altísima.

Cuando he abrazado la vida religiosa y me he recogido en la soledad y en el silencio, sé que no

me abrazo con algo agradable ahora a mis sentidos. Me ha costado. Cuando Santa Teresa de Jesús salió a escondidas de la casa y compañía de su padre, lo sintió tanto que no creía sentiría más en el momento de la muerte. Y no iba, como no he venido yo, a buscar nada regalado. Ella fue y yo he venido a abrazarme con la cruz, con el sacrificio, con la humillación. El dolor está contra la naturaleza; nadie quiere el dolor ni la humillación. No hemos sido criados para el dolor, sino para el gozo. Mi natural desea la exaltación y tengo que violentarme y vencerme para abrazarme con todo esto. Tengo que violentarme y esforzarme para practicar la mortificación y dejarme despreciar y permanecer en el anónimo y desconocido.

Jesucristo como que se arrastró a sí mismo cuando se puso en la oración del huerto. También su naturaleza rechazaba y rehuía el sufrir. Se violentó y perseveró.

Sé que todo esto que abrazo en el sacrificio y retiro y humillación son medios para alcanzar el amor de Dios, para mostrar el amor de Dios y para prepararme a la transformación en el amor de Dios. Por estos medios Dios ilumina al alma y toma posesión del alma.

Esta es la voluntad y la disposición del Señor mientras vivimos en la tierra para ganar el cielo. Me cuesta la vida dura; me cuesta el sacrificio y la mortificación y la expiación, porque es contra la

naturaleza, porque Dios nos ha criado para la felicidad del cielo y todos queremos, naturalmente, el agrado en todo nuestro ser y en todas nuestras acciones.

Pero yo he renunciado ahora en la tierra a todo eso y me abrazo con el dolor y con la privación y con el sacrificio, porque ésta es la voluntad de Dios en esta vida de paso para el cielo. Renunciar a todo lo mundano y a lo que disipa, y recogerme con Dios cuanto más a solas mejor y abrazarme con la cruz y el sacrificio es imitar a Jesucristo y poner de mi parte los medios necesarios para limpiar el alma y prepararme para que Dios haga la transformación y me santifique. Vengo a ser de Dios; vengo a que Dios me santifique y me haga suyo. Quiero que Dios me llene de Sí mismo y de sus misericordias y para ello tengo que vaciarme de mí y de mis manchas y miserias. Si vivo determinada y firmemente esta vida y cumplo bien la voluntad de Dios, creceré en la virtud de la fe y en la vida de fe; se encenderá en mí la caridad divina y veré más claramente que soy de Dios y Dios es mío.

He venido al retiro y al claustro para ser de Dios. Me ofrecí privada y solemnemente a Dios; me he vencido en mis gustos y mortificado en mis complacencias para hacer el gusto de Dios, para pertenecer a Dios y estarle perfectamente ofrecido.

Soy de Dios. Quiero ser sólo de Dios. Es Dios,

mi Padre celestial, quien me ha traído aquí para que viviera junto a El; me ha traído para hacer en mi alma el gran milagro de su amor transformándome en unión de amor con El y santificándome; me ha traído para hacerme feliz con felicidad verdadera y perpetua. Ha sido pura bondad y misericordia suya escoger esta pobreza y ruindad mía, esta nada mía, para hacerme luz suya; para hacerme rosa de su jardín y fruto de su huerto cerrado. Alma mía, alaba y engrandece a Dios, tu Padre celestial, porque te ha escogido para cambiar tu nada, tu pequeñez y fealdad en flor suya, en hermosura y alabanza de su amor. Si correspondo yo por mi parte a esta amorosa y singular llamada, con fidelidad y entrega, Dios me guardará enriquecido dentro de su misma hermosura y amor.

Me ha escogido el Señor y me quiere unir a Sí mismo para la grandeza y dicha de la unión de amor con El, aquí ya en la tierra, en unión de amor como la unión de los ángeles; pero mientras vivimos en la tierra no es amor glorioso, ni de efectos gloriosos; aun cuando es verdadero amor y verdadera unión con Dios. Mis pensamientos, mis afectos, mi alabanza a Dios deben ser como los de los ángeles y en compañía de la Virgen mi Madre.

38. La Virgen se veía con la luz de la fe llena de Dios. La gracia la llenaba. Porque se veía llena

de Dios nos dijo *que su espíritu estaba lleno de gozo en Dios, su salvador*. Se veía llena de Dios, pero era una criatura, como yo, una criatura santificada por la gracia, levantada y sobrenaturalizada por una gracia altísima; era una criatura llena de amor. Dios la había llenado de amor por su fidelidad.

Dios me ha escogido a mí como escogió a la Virgen, y quiere hacer en mí su obra de santidad y quiere poner en mí su amor como le puso e hizo en la Virgen. En ella le puso más delicada y santamente por la grande obra para que la eligió. Si yo vivo con fidelidad a la gracia que el Señor me comunica, puedo decir como la Virgen: *Dios me llena*. Mi espíritu estará lleno de gozo, el gozo de la fe, porque Dios me llena y me ama y está en mí, y yo estoy en Dios. Porque Dios desea unirme consigo. Bendito seáis, Dios mío, porque me habéis llamado. Quiero que toméis total posesión de todo mi ser y de todas mis potencias y sentidos. Quiero sean para Vos en todo y que canten la alabanza a vuestra bondad y grandeza.

Pienso yo muy a solas que la Virgen, sin ser religiosa, fue la primera y la más perfecta Carmelita, porque era la alabanza a Dios; porque era el amor constante a Dios; porque era la súplica amorosa y la expiación por los hombres. Escogida por Dios, correspondió fidelísimamente y Dios obró maravillas de gracia en su alma muy íntima y secre-

tamente. El ideal de la Carmelita es ese mismo que vivió la Virgen y veo en la Carmelita ese esmero por corresponder con la más fina delicadeza de amor y con el más abnegado ofrecimiento.

Dios obra dentro de mi alma.

Cuando me siento desconsolado, cuando mi pobre naturaleza gime y se duele por el peso del sacrificio y del dolor, cuando me angustia la tentación o la sequedad y se me hace pesada la soledad y retiro, sé que Dios está obrando su maravilla dentro de mi alma y poniendo gracia y amor. Lo que me interesa es que yo continúe ofrecido; que yo persevere en silencio: *Obrad, Dios mío, vuestra obra en mí. Vos sois quien la tenéis que obrar. Yo sólo tengo que recibir y no poner obstáculo. Dadme la gracia para que persevere en silencio y atento a Vos. No hagáis caso de este gemido mío. Es la pobreza e ignorancia de mi cuerpo y mi poca fe. Sé que estáis en mi infinito y me amáis. Obrad como Vos sólo sabéis y queréis vuestra maravilla dentro de mi alma y convertiréis en claridad esta oscuridad mía y en hermosura vuestra mi fealdad.*

39. La Virgen Santísima estaba llena de gozo, gozo de dentro, del espíritu, del que satisface. El gozo brota de la verdad del amor por la verdad de la entrega; o sea de la posesión del amor porque se ha entregado y ha recibido en amor. Este gozo también debe tenerle mi alma en proporción al go-

zo del alma de la Virgen aun en los momentos de la sequedad, de las inquietudes, de las pruebas; aun en los momentos en que me parezca estoy abandonado. Porque la fe, aun cuando no la sienta, sé que me dice con certeza: *Dios está en mí y me está amando, porque yo he venido a entregarme a Dios y me he entregado. Soy de Dios. La fe dice que Dios no rechaza al que se le ofrece ni deja de hacer en esa alma su obra ni de colmarla de gracia. Soy, pues, de Dios, Dios está en mí amándome. Soy posesión de Dios y Dios me labra y cuida como posesión suya. Mi gozo es que soy de Dios y Dios me ha tomado en posesión y me guía y labra. Soy de Dios exterior e interiormente. Dios obra dentro, dentro, en lo íntimo de mi alma la maravilla de la santidad y del amor. Y aun cuando mi sentido no lo sienta ni mi inteligencia lo entienda; aun cuando no tenga afecto mi voluntad ni pensamientos mi entendimiento, estoy atento a Dios y le amo; estoy en compañía de Dios y le miro y sé que Dios está íntimo a mí, en mi alma, está amándome como yo no sé amarme a mí mismo, ni sé amarle a El. Está amándome y limpiándome en mi inteligencia y en mi voluntad y poniendo en mi alma calladamente un amor soberanamente grande para que cada día mi fe esté más arraigada y más crecida, y sea mayor mi confianza y me ofrezca más abnegadamente.*

El alma se entrega a Dios queriendo. Dios ha dado al hombre la voluntad para libremente que-

rer. Necesito pedir a Dios que me dé el mismo querer y la perseverancia de continuar queriendo. El alma que quiere se une a Dios y se une queriendo. Depende de mí, siendo nada como soy, siendo ruindad y oscuridad, depende de mí que Dios me una a El, me haga luz suya y hermosura suya. Aun cuando me parezca imposible y esté sólo en el poder de Dios, depende de mi voluntad, de mi entrega. Se hace santo el que quiere. Dios no deja de dar su gracia al alma fiel como lo ha prometido. Mis obras y mi cooperación mostrarán la verdad de mi voluntad. Si yo quiero y soy fiel, Dios está en mí amándome con amor infinito; tendrá confianza en mí para depositar su sabiduría y su poder. Dios está haciendo de mi alma cielo con su presencia y con su amor y preparándome para la verdad infinita de la eternidad.

Pero no debo engañarme a mí mismo. Tengo que mostrar mi querer en mis obras, en el vencimiento y fidelidad de mis acciones, en la práctica de las virtudes. Aquel ama de verdad que ofreciéndose, se dispone para recibirle y se dispone por las virtudes; así viviré en el amor. Entonces me comunicará Dios su hermosura y su amor.

Mi vida, la vida que yo he consagrado a Dios y puesto en sus manos, ha de ser de santidad, de transparencia, de abnegación, de fiel confianza.

Dios abraza al alma con su abrazo de unión de amor, precisamente en la humildad amorosa y

confiada. La humildad me enseñará a ver mi nada a morir a mí mismo y a poner mi nada en Dios. Por la humildad aprenderé a poner mi entendimiento junto y como metido en el mismo entendimiento de Dios y captaré todas sus disposiciones. Por la humildad reconoceré mi nada y me pondré en la verdad de Dios y en su amor y misericordia, y el amor de Dios será mío; el amor de Dios me enseñará a estar siempre atento a El y con El y Dios llenará y abrazará mi alma. El momento de la unión de amor con Dios es el momento en que el alma ha muerto perfectamente a su amor propio y a sí misma. Dios mío, dame esta fuerza de morir a mí mismo y vivir para Ti.

¡Cómo se goza mi alma, Dios mío y Señor mío, pensando estas hermosas verdades! ¡Cómo sueña mi espíritu y aspira a ese prometido abrazo de amor! ¡Y sé que todo sueño es como nada comparado con la realidad que prometéis; Dios, el Infinito en todo bien, el Soberano y Misericordioso, me ha llamado para hacerme suyo! ¡El Sumo Bien me ha llamado para hacerse mío! Será mío, me dará su amor, si yo le doy el mío sin reserva. Las palabras de amor que ha dicho a tantos santos me las dice a mí aun cuando no me las diga con palabras sensibles ni con sensación exterior ni aun interior. Me lo dice la verdad de la fe, que es más segura que todas las palabras y visiones: *Si tú quieres ser mío, Yo quiero ser tuyo y para ti ni*

me separaré jamás de ti. Ya en el Evangelio me dice Jesús: «*El Padre ha puesto en mis manos todas las cosas y yo las pongo en las vuestras.*» ¡Dios mío, que yo sea vuestro! Enseñadme a ser vuestro. Que mi pensamiento, que mi afecto, que mi memoria con sus recuerdos sean vuestros. Poned fortaleza en mi débil voluntad para que yo me sobreponga y venza todas mis flaquezas. Dadme perseverancia para que yo venza todas mis locas imaginaciones y mis inconstancias. No son mías, Señor; Vos lo veis. Las tengo contra mi voluntad; son mis enemigos. Quisiera yo tener una imaginación y una memoria limpia, iluminada y hermosa como la gracia; quisiera tener unos afectos encendidos como de serafín; quisiera que todas mis acciones fueran prontas y santas, pero soy niño, y débil, y estoy removido por todas esas flaquezas. Tomadme en vuestros brazos; metedme dentro de vuestro pecho y dadme la fortaleza inconmovible y el fuego del amor; hacedme participante de vuestras misericordias y de vuestras bondades para que yo las viva y cante vuestras alabanzas; para que yo esté perfectamente entregado en todo a Vos.

El Angel dijo en su salutación a la Virgen: *Llena de gracia.* Si un ángel saludara hoy a muchas almas también las diría llenas de gracia, aun cuando no con la plenitud que tenía la Virgen. ¿Me lo podría decir a mí?

Dios mío, que yo sea vuestro. A esto y sólo a

esto he venido al convento y retiro. Sólo para esto me habéis llamado. Que no haya un pensamiento en mí, ni un afecto, ni una obra que no sea para Vos o no esté bendecida por Vos. Sé que cuando yo cumpla esto, Vos seréis mío, llenaréis mi alma, haréis dentro de mi alma lo que sólo sabré en el cielo. Seréis el sol que me ilumine y caliente y el guía seguro en mi camino hacia la santidad. Mi gozo será decir: *Soy ya de Dios. Dios me ha hecho suyo, me ha unido a El mismo.* Dios se ha hecho mío por amor y para siempre.

CUARTA LECTURA - MEDITACION

MI VIDA ES VIVIR A DIOS, MIRAR A DIOS Y OFRECERME A DIOS. DIOS HACE SU OBRA EN MI ALMA

40. Señor, me has creado para Ti, me has creado para llenarme de tu amor, y mientras tu amor no me llene y empape, y mientras no llegue a la posesión y gozo de tu amor, no encontraré mi descanso ni seré dichoso.

Dios ha hecho todas las cosas por amor y para el amor. Cuanto Dios ha creado y crea lo ha hecho para su gloria, pero lo ha creado y crea para gozo, para dicha, para felicidad de las criaturas inteligentes, sean almas racionales, sean espíritus puros como los ángeles. La materia no puede sentir ni reconocer las maravillas de Dios en la creación.

Dios no recibe nada nuevo ni gozo inesperado con sacar de la nada la creación. Dios todo lo tiene en Sí y siempre lo ha tenido; siempre lo ha

visto, lo ha vivido y lo ha gozado. La creación es para gozo de las criaturas inteligentes y para que gozándose se llenen de amor, se gocen en el divino amor y le den alabanza.

Dios quiere llenarme no sólo del amor y de la admiración y gozo que me produzca la creación actual con todas las maravillas que pueda comprender ahora en esta vida mi inteligencia, ni sólo del amor más intenso y gozoso que tendré conociendo después con su iluminación las maravillas de la creación entera y de creaciones posibles que nunca tendrán realidad, pero que están en la esencia divina, sino que quiere hacerme dichoso con una dicha que yo no puedo soñar, muy semejante a la suya, levantándome a ver su misma esencia y a participar de su mismo amor para siempre en su compañía. Y ese altísimo y dulcísimo amor de Dios, participado en dicha y en gloria, le viviré y gozaré en el mismo Dios y será tan intenso cuanto ahora quiera mi voluntad, mostrando la unión de mi voluntad con la suya en la fidelidad con que viva las virtudes; porque las virtudes son el amor verdadero, y la riqueza, sabiduría y hermosura del alma.

Dios quiere llenarme de su mismo gozo, de su misma alegría, de su misma dicha, cuanta sea la capacidad de mi naturaleza y de mis potencias, llenándome de su mismo amor y comunicándome sus mismas perfecciones y su misma vida; participaré de toda esa hermosura cuanto yo pueda recibir y

podré recibir cuanto me haya preparado ahora con las virtudes.

Veré a Dios ayudado de su luz, en su misma luz. Recibiré y participaré de todas esas perfecciones y de toda esa beldad, que ahora no puedo ni comprender, según sea mi presente voluntad y mi actual decisión. Dios lo deja a mi querer y a mi determinación y constancia. Soy obra de la mano de Dios. El Amor Eterno me ha hecho por amor y para la eterna felicidad, que es la fruición del amor divino, del mismo Dios, y habiéndome antes hecho amor a mí mismo, pero no me podrá hacer sin mí y en proporción a mi entrega. ¡Dichoso yo si me entrego total y perfectamente al amor para que me convierta en amor!

Dios me presenta el horizonte de inmensa grandeza de la vida externa y de la creación material; de las atracciones de mi cuerpo y de mis sentidos. Dios me presenta además un horizonte inmensamente superior a ese, pero que no ven ni tocan mis sentidos; es el horizonte de las bellezas internas que me enseña la fe; el horizonte de la luz eterna y de las perfecciones divinas, de lo sobrenatural, que ni mi imaginación ni aun mi inteligencia pueden no ya comprender, pero ni aun remotamente vislumbrar. Y el Señor me dice amoroso por la fe: «Pongo a tu disposición ese horizonte sobrenatural de infinita perfección. Es muy superior a tu comprensión y a tu poder. Pero te daré cuanto

tú quieras, cuanto tú determines ganar con tus obras.»

Sólo tu amor, Señor, puede realizar obra de tan inmenso amor y de tanta generosidad. Ahora no tengo capacidad para comprenderlo. El día que comunique la iluminación divina a mi alma, el día de las recompensas eternas, será también el día de las comprensiones. Entonces ya lo comprenderé y lo viviré para siempre.

Dios lo hace todo por amor y para el amor. Dios ha creado mi alma por amor y para el amor, para darme posesión de un mundo nuevo, de una luz nueva, de un gozo y una realidad nueva e inesperada. Y digo que es una dicha y realidad inesperada porque aun cuando me la había anunciado la fe, no me había podido dar idea de ella, porque todo lo que yo puedo concebir y soñar es a través de los sentidos, aun cuando me ayude la esperanza, y todo es como nada y como ignorancia y oscuridad ante la sobrenatural grandeza y luz que Dios me ha de dar cuando me dé posesión de El mismo.

Dios me ha creado para el amor, para la felicidad, pero no para un rato de felicidad en esta vida sobre la tierra, como el niño que se entretiene jugando con la arena, no para una felicidad que dé gusto solamente a mis sentidos, ni aun para que disfrute y goce mi entendimiento, libre de preocupaciones y dolores, admirando las maravillosas

leyes de la naturaleza y la hermosura con que ha adornado las criaturas y la inmensidad y composición de los mundos, sino para una inmensidad incomparablemente más alta y duradera. Dios me ha creado para darme no sólo la felicidad natural, la que saciaría mis sentidos y potencias, como dará a las almas en el limbo, sino la felicidad sobrenatural, la que no puedo comprender mientras viva en la tierra.

Dios saciará el ansia de lo infinito que ha puesto en mi alma y agrandará la capacidad de mis potencias con una luz superior a la luz de la creación, cuando me comunique la luz de la gloria y con ella yo vea a Dios y posea a Dios. Dios mismo será mi felicidad, llenándome de Sí, de su gloria, de su sabiduría y poder. Las maravillas que ahora admira la ciencia y los descubrimientos que hace son como nada ante el mismo Dios. Y Dios me ha criado y me llama ahora para la felicidad eterna, que está en la visión de Dios, en la comprensión de Dios, en la inimaginable fruición de Dios por la posesión de Dios.

Espero en la misericordia divina entrar en la posesión gloriosa del amor de Dios. El amor de Dios me llenará de lo infinito, me empapará en las perfecciones divinas, me sobrenaturalizará e iluminará en exaltación gloriosa tanto cuanto yo ahora quiera procurándolo por la fidelidad en la vida interior y en el ejercicio de las virtudes. Si yo aho-

ra soy de Dios y vivo el amor de Dios y me entrego a El y le pido, eternamente le viviré y le gozaré; eternamente seré de Dios en tanta gloria cuanta ahora adquiera. ¡Bendita sea, Dios mío, tanta generosidad vuestra, pues lo ponéis todo en mi voluntad! Dadme la gracia de que yo quiera querer y no pierda tu amor.

Recibiendo un día Santa Teresa de Jesús mercedes sobrenaturales de Dios, hizo la comparación de que el alma se ve en Dios y en sus misericordias como una esponja empapada en agua, y el Señor la dijo: «Buena comparación has hecho.» Esta comparación me enseña que si lo mismo está empapada en agua la esponja que está sumergida en el mar, sea grande o sea pequeña, no puede encerrar en sí tanta cantidad de agua la pequeña como la grande. Dios pone en mi voluntad que yo pueda hacerme una esponja inmensa, que sumergida en el mar de su infinito amor, pueda contener inconcebible amor divino y participar de la infinita hermosura de sus infinitas perfecciones y de intensidad ilimitada, o ser una esponja que quede saturada con una sola gotita de amor. Las dos esponjas están empapadas, son felices, pero es inmensamente mayor la felicidad de la esponja grande que la de la esponja pequeña; la diferencia supera toda imaginación.

Y el Señor lo pone, alma mía, en tu voluntad. Quiere Dios que seas esponja inmensa; quiere ha-

certe crecer hasta lo inconcebible, si tú quieres. Por Dios no quedará. Te quedarás en esponja muy diminuta si tú no atiendes y no eres fiel a las llamadas del Señor. Con una sola gota te empaparás, y Dios creó el océano de felicidad para ti.

Dios me ha creado para la felicidad eterna, para la dicha sobrenatural, que en sabiduría, en amor, en poder y en toda perfección está muy por encima de cuanto pueda entender no ya mi pobrecica inteligencia, ni la inteligencia del hombre más dotado, sino muy por encima de la inteligencia angélica en su natural entender. Sólo el entender sobrenatural puede comprenderlo y gozarlo.

41. *Mi vida de alma que se ha consagrado, mi vida de alma espiritual y retirada del mundo, mi vida de hijo de Dios y de esposa de Cristo* —porque esposa de Cristo es toda alma enamorada de Dios, sea hombre o mujer, seglar o religioso—, *es vivir a Dios, vivir en el mismo Dios, aquí aún no manifestado en gloria. La aspiración más noble y alta de mi vida es mirar a Dios infinito, atender a Dios infinito y amorosísimo, que está dentro de mí, en lo íntimo mío y me está continuamente mirando y ofrecerle todo mi ser, mi pensar y mi obrar.* Esta es la vida más noble y feliz, cuando se vive perfectamente entregado. Esta es la vida que supera a toda ilusión y a todo ensueño y a cuanto puede concebirse, porque no hay nada co-

mo estar con Dios y viviendo a Dios en su mismo amor. Para esta vida me ha llamado el Señor, porque desea prepararme y comunicárseme. Nada hay como estar con Dios y viviendo a Dios en su mismo amor. Nada hay como ofrecerse a Dios en amor y recibir su amor.

Los santos vivían en el gozo de Dios. Los desiertos y los conventos se convertían en cielo para los santos por el trato que tenían con Dios. Los santos sentían muy frecuentemente en su alma plenitud de gozo y una como exaltación y baño de algo íntimo superior al mismo gozo, porque se veían en Dios, porque se miraban en Dios, porque sabían que Dios estaba en ellos amándoles, entregándoseles, transformándolos. Porque como ellos ponían todo su amor y toda su capacidad de amar en Dios, sabían y experimentaban a veces sensiblemente que todo ese su amor era como nada ante el amor con que eran amados de Dios, ante la recompensa que recibían aun aquí en la tierra siendo amados de Dios y gozándose en repetir: *Soy amado de Dios, soy amado de Dios.*

La mirada de infinito amor y de infinita hermosura de Dios se fija en mi alma y se complace en reflejarse en mí. Dios quiere como retratarse en mi alma. Cuando la mirada de atención de mi alma se encuentra con la de Dios, gozo en exclamar: *Vivo en el Señor que me ha criado para Sí y espero poseerle. Vivo en el Señor que llena mis potencias y*

me pone los deseos para que yo le ame y me entregue a El. Dios infinito está en mí. Soy amado de Dios.

El corazón del santo vibraba en exaltación de un gozo que no tiene nombre concreto, porque es gozo de espíritu y las intimidades y gozos del espíritu no pueden nombrarse con propiedad con los nombres del cuerpo y de la tierra. La exaltación del gozo del espíritu, que produce la presencia y la mirada de Dios, está sobre el sentido y no puede expresarse con nombre propio.

Los santos veían a Dios con los ojos de la fe; los santos vivían en Dios y con la luz de la fe se veían en Dios y a Dios en su alma. Con esa segurísima luz de la fe contemplaban presente en su interior a Dios Sumo Bien, a Dios todo luz y fuente de la luz; a Dios Suma Hermosura y poder y encanto; contemplaban a Dios, Sabiduría y amor por esencia y no querían apartarse de Dios; todo lo encontraban en Dios y estaban envueltos y empapados en Dios. ¿Cómo me he de extrañar se gozaran en tanto grado que llegaran a decir: *Si de este modo tan extraño me haces gozar con tu presencia amorosa, ¿qué dejarás para el cielo?* Es el caso de Santa Catalina.

Con esto comprendo lo que leo en la vida de San Antonio y de San Simón el Estilita, entre otros santos, que pasaban la noche de pie, con la cabeza hacia la altura, con los ojos cerrados o abiertos,

pero muy llenos de una luz más suave y más íntima que la del sol, y les envolvía todo su ser. Cuando la luz de este sol material se reflejaba en su frente y les hacía recobrar sus sentidos y dejaban de gustar la luz y la sabiduría interior, le decían al sol: «¿Por qué amaneces tan pronto? ¿Por qué vienes a privarme de esta luz interior y gusto de cielo que he sentido durante la noche atendiendo a Dios en tu ausencia? ¿Por qué me privas de verme envuelto en Dios y mirar mi interior lleno de Dios?» ¡Qué gozo tan inexplicable habían sentido viéndose envueltos y empapados en la hermosura de Dios durante el silencio y la oscuridad de la noche! ¡Qué deleitoso es tener los ojos fijos continuamente en Dios! ¡Dios está llenando el alma!

Los santos gozaban en tener los ojos de su alma o el mirar de su alma suave, serena, apacible, pero intensa y constantemente puestos en Dios. Los santos sabían ciertísimamente por la fe que su alma recibía hermosura de la hermosura divina, y les llenaba de luz, de bondad, de virtudes.

42. Dios ininterrumpidamente obra su obra. La obra de Dios en Sí mismo es la infinita vida de Dios, siempre en la actualidad infinita, en el ahora de infinito gozo y del infinito entender; siempre en la obra del infinito amor. Es la obra interna de Dios, en la cual lo ha tenido y tiene todo, en la cual lo ha visto y ve todo. Nunca Dios

ha podido recibir nada nuevo ni la creación externa le ha dado nada que no tuviera. Siempre Dios está en la infinita comunicación de Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo. Dios Omnipotencia, Dios Sabiduría y Dios amor y gozo.

La obra principal de Dios en la creación externa es crear las criaturas racionales y los ángeles; es obra del amor. Dios nos ha creado para comunicarnos el amor y el gozo inmenso de la felicidad cuando lleguemos a nuestro fin.

La obra de Dios en el alma fiel es también la obra de la santidad, la obra maravillosa del amor. Dios obra santificando el alma como Padre de amor, obra como Sabiduría y como Amor. Dios, santificando el alma, obra en ella como Dios; esta obra de la santificación es más grande que toda la creación material. Dios mío, Sabiduría infinita, obrad en mi alma lo que sólo Vos sabéis. Este pobre cuerpo mío y esta alma mía, que vive en el cuerpo, necesitan descanso mientras vivo en la tierra; el cuerpo porque Dios ha establecido que en esta vida tiene que reponer sus fuerzas por el alimento y el descanso y el alma porque obra a través de los sentidos del cuerpo.

Dios continuamente obra su obra, porque Dios no tiene cansancio, porque Dios es su misma esencia y la esencia de Dios es el Sumo Bien, y el Sumo Gozo en el sumo amar y en el sumo entender; Dios es por esencia la suma Vida en la suma Ale-

gría y en la suma Dicha. La suma felicidad de Dios resulta de la suma Vida en el infinito entender, en el infinito amar y en el infinito poder y gozar. Por ser la vida por esencia es también el ininterrumpido obrar o vivir. Dios obra por su ser. ¿Qué seréis Vos, Dios mío?

El Todopoderoso quiere obrar amorosísimamente su obra en todas las almas. La obra en el alma de los santos y la obra según la voluntad del alma. La obra de Dios es la obra maravillosa del amor; la obra de Dios es la obra de la santidad, es la maravilla de la transformación del alma en amor sobrenatural y la realiza según el alma practica las virtudes. La perfección del amor es la perfección de las virtudes.

Obraba Dios su maravilla continuamente en el alma de los santos porque los encontraba fieles, y la obrarás, Dios mío, en mi alma en proporción de la fidelidad que en mí encuentres y mi fidelidad está no en las palabras, sino en las virtudes.

Los santos murieron a su amor propio y se pusieron en las manos de Dios, aceptando todas sus disposiciones. Dios transformó en amor divino el alma de los santos labrándolos primorosamente, labrándolos a su gusto, porque se le habían ofrecido con toda voluntad; porque sólo querían el querer de Dios y sus disposiciones. Como sólo querían el querer de Dios, la voluntad divina los levantaba,

los fortalecía, los guiaba seguros por el camino de la santidad.

Los santos vivían en el Señor y Dios vivía con amor de predilección en los santos; vivía purificándoles, vivía como dueño llenando sus almas, sus potencias y hasta sus sentidos, porque se le habían ofrecido. Los santos se entregaron al amor divino y se pusieron en las manos de Dios para que los purificara y labrara.

Yo he visto cómo los herreros, por el sistema antiquísimo, metían el hierro en la fragua hasta que se pone rojo, candente, y se ablandaba. Cuando está rojo y reblandecido lo sacan, y poniéndolo sobre el yunque, le dan martillazos para modelarle según el deseo del herrero y hacer la obra preconcebida. Saltan chispas a los martillazos, despidiendo de sí lo que no era hierro; recibe sobre el yunque cuantos golpes tiene a bien darle el herrero, hasta que se consuma y queda perfecta la obra. Ama el herrero el hierro y la obra realizada. Es su obra. Así se coronó de fama Arfe en su custodia. Dios metió a sus santos en su fragua divina; el amor de Dios los puso al rojo vivo. Dios les labró. A veces también saltaban chispas de dolor y de menosprecio, chispas de enfermedades y de pruebas; las manos maravillosas y amables de Dios hacían saltar esas chispas; permanecieron quietos y se dejaron labrar. Dios hizo en ellos la maravilla

de la santidad. La maravilla de la santidad es obra del divino amor.

También me has llamado a mí, Dios mío, para hacer esta misma maravilla en mi alma. También quieres transformar mi alma en amor y unirla Contigo mismo en amor. Eres Tú quien me tiene que transformar; no lo puedes hacer mientras no me purifiques. Méteme, Señor, en la fragua de tu amor y obra en mí la maravilla de la santidad. Dame fortaleza para que mi decisión sea constante, para que yo me abrace a la cruz y me niegue a mí mismo, y de este modo me purifiques y transformes. Porque los santos se dejaron transformar, reciben la eterna corona de vivir ya gloriosa y dichosamente en la vida de Dios.

43. Santa Teresa de Jesús me dice: *Hijo, no te consideres vacío, sino lleno de Dios. Mira tu pecho lleno de Dios.* Si yo estoy lleno de Dios, la debilidad de mi alma queda fortalecida con su omnipotencia. Dios está en mí como es. Dios no puede estar sino como es y produce los efectos que tiene que producir como Dios. Dios está en mí, en mi alma, en el ser mío, en mi cuerpo, como en lo más íntimo de mi entendimiento y de mi voluntad. Dios no sólo me ve ahora continuamente, sino que siempre me ha visto desde la eternidad y ha contado y medido mis actos y mis deseos. Yo no me

conozco, pero nada puedo ocultarle a El y ve el estado de mi alma y mis intenciones.

Dios está en mi infinito, todo, como es, con todos sus atributos, con todas sus perfecciones. Dios, infinito en todo bien, que estás en mí, ¿cómo podré compararte con cosa alguna de la creación? Dios, la suma Perfección, la perfección por esencia, encierra en Sí todas las perfecciones y encierra por lo mismo las perfecciones que a nuestro pobre modo de entender como que se contraponen.

Dios es la suma perfección en simplicidad infinita y tiene también el atributo de su inmensidad, que parece opuesto a la simplicidad.

Dios es la suma equidad y justicia y es la suma misericordia y bondad.

Dios es la sabiduría misma y el poder, y es la hermosura y la magnificencia, pero Dios es simplicísimo.

En Dios no hay composición de ninguna clase, y como no hay composición no tiene límites ni división; está todo totalmente en todas las partes. Dios es simplicísimo y sin límites en la perfección, en el poder, en la vida. Dios es el acto puro, sumo, la suma actividad. O sea Dios es la actualidad infinita en toda perfección y en el obrar.

¿Cómo, Dios infinito y creador mío, podré decir algo de Ti, sino sólo pronunciar la palabra infinito y diciendo: es infinito en todo bien y perfección?

Dios siempre ha sido lo que es y la creación nada ha añadido a Dios. Dios no puede dejar de ser el infinito gozo, como es el infinito entender y el infinito poder. Nada puede adquirir que no haya tenido siempre, nada nuevo entender que no haya entendido y tenido presente toda la eternidad y que no tenga continuamente presente. Toda la creación y los mundos creables siempre han estado presentes en Dios con la misma perfección que tienen ahora en su realidad. Yo, todos mis actos, siempre están ante la mirada de Dios. Y toda la creación comparada con Dios es como nada. Los entendimientos criados no pueden nunca llegar a comprender totalmente a Dios. Los entendimientos más altos de las mismas jerarquías angélicas, cuanto más ven de Dios, más le admiran y comprenden mejor que las falta mucho más que ver.

¿Qué seréis Vos, Dios mío? Y yo estoy en Vos y Vos estáis todo en mí y me estáis dando el ser y el comprender. Todo lo mío está presente a Vos. Cuando yo digo: Dios está todo en mí, el Infinito está todo en mí y me miro como centro donde Dios está rigiendo y creando los mundos, no imagino ni digo falsedad ni exageración alguna; no digo algo hipotético y ficticio, sino una hermosísima realidad que supera a cuanto yo pueda imaginar.

Si por el atributo o perfección de la simplicidad de Dios no tiene composición ninguna ni de materia ni de forma, ni de ser ni de existir, ni de en-

tender, sino que su esencia es su existencia y su entender, y su entender es su querer y su poder; Dios lo es todo en Sí mismo y no necesita de nadie ni de nada para existir infinito y ser perfectísimo y dichoso. Pero si crea alguna criatura, necesariamente tiene que estar en lo que crea por el atributo de su inmensidad. No puede existir ni un solo átomo donde Dios no esté, y está todo infinito lo mismo en un átomo que en los inmensos mundos creados, y estará en los innumerables que creará en lo futuro. Dios está todo en todo por esencia, presencia y potencia. Está todo en Sí mismo y donde está, porque no tiene partes y es simplicísimo y es acto puro de infinito entender, de infinito poder en infinita actividad. Dios está en mí, en mi alma, en lo íntimo mío. Me está dando y conservando el ser que tengo. Me está llamando e invitando a que le ame. Dios mío, que me has criado para Ti, dame que te ame con todo mi ser; llena de tu amor mis pensamientos.

44. Llénate de admiración, alma mía, y asómbrate, entendimiento mío, ante la inmensidad, ante lo inconmensurable e infinito del entender y poder de Dios, que está presente en ti y llenándote. En la creación veo maravillas sorprendentes e inexplicables. Con admiración y gozo leo los asombrosos inventos que hacen los hombres que se dedican a las ciencias físicas y químicas descubriendo algu-

nas de las leyes que el Señor ha puesto en la naturaleza. ¿Cuál será la grandeza y la maravilla de Dios en su ser?

Con gran deleite de mi ánimo he leído esta hermosa y poética comparación, pretendiendo dar con ella alguna noción de Dios. Si mi fantasía, avivada con cuanta capacidad pueda tener, presentara a mi entendimiento y afecto una flor de tanta hermosura que encerrara en sí todo el matizado colorido y todo el suavísimo y regalado perfume de todas las flores y todo el encanto y toda la amenidad y belleza de los más variados jardines de la tierra, quedaría maravillado y absorto de la preciosidad que en tan extraordinaria flor estaba encerrada.

Y si en el cáliz de esa bellísima flor viera una valiosísima piedra preciosa, que encerrara todo el brillo y vistosidad y todo el valor de todas las piedras preciosas del mundo, y posada en la joya una avecica tan primorosa y de tanta gracia en sus movimientos y de tan suave y lustroso color en sus plumas que superara al primor de todos los pajarillos de la tierra, y su cantar fuera de una armonía tan dulce y de arpegios tan variados y encantadores como no se pueden ni soñar en todas las aves cantoras ni en los ecos de la naturaleza, mi ánimo quedaría embelesado y absorto y mi alma suspendida y como fuera de sí oyendo tan regalada dulzura y viendo en espacio tan reducido tan maravillosa hermosura como ni imaginar se puede. Pues

también Dios es en belleza y encanto superior a toda la creación y a todo cuanto el entendimiento puede pensar y la imaginación soñar. Y tanta grandeza y hermosura tan variada están encerradas en el acto simplicísimo, infinito, inmenso de sumo entender, sumo poder y sumo obrar. ¿No se ha de suspender el alma cuando vea a Dios y en Dios junto todo bien?

¡Dios, infinito y simplicísimo! ¡Dios, sumo bien, suma sabiduría y suma hermosura! ¿Cómo podrá ser? ¡Aquí ciega todo humano comprender! Porque siempre es más. Aquí se viene a la mente la leyenda bien sabida y cantada por Alfonso el Sabio en sus *Cantigas*.

Un monje deseaba comprender cómo podría ser que *mil años fueran delante de Dios como el día de ayer que ya pasó*. Siempre pensaba en ese *para siempre, para siempre feliz de Dios*. ¿Cómo sería en gozo y sin cansancio? Y un día después de maitines oyó cantar muy dulcemente un pajarito, y atraído por tan suave cantar, le fue siguiendo y le estuvo escuchando abstraído un rato, a su parecer, hasta que el pajarito dio un vuelo y desapareció. Volvía el monje a su convento, gozándose en las melodías oídas y en la hermosura de tan gracioso pajarito nunca visto; pero no fue menor su sorpresa cuando ni encontró las puertas del convento ni estaban lo mismo los caminos que acababa de andar al salir, ni conoció a ninguno de los

monjes cuando entró en el monasterio ni le conocía a él ninguno. Explicaba el buen monje que hacía un momento había salido siguiendo embelesado el canto de un pajarito sin igual y le había estado escuchando un ratito hasta que desapareció, pero sólo había sido un rato. Y bien averiguado se comprobó que aquel ratito había sido de trescientos años y que sólo le parecía un rato. *Mil años delante de Dios son nada* por la inmensidad de su hermosura y dulzura.

Y semejante a ésta es la leyenda del religioso que fue siguiendo unas armonías dulcísimas que allí cerca sonaban y en oírlas se le pasaron trescientos años.

Esas armonías dulcísimas, ese pajarillo de tan suave cantar, esa flor que resume toda la belleza y fragancia de todas las flores, esa piedra preciosa de más brillo y valor que todas las demás en un grado infinitamente superior, es Dios.

Si esto puede pensar e imaginar el hombre y Dios es sobre lo que se puede pensar o imaginar, ¿qué será Dios en su infinita hermosura e infinito poder? ¿Qué será Dios en su infinita bondad? Dios es el acto purísimo y simplicísimo, pero sin límites en toda perfección y encanto. Dios es la hermosura por esencia y el creador de toda hermosura, y con el cual toda la hermosura de todas las criaturas no admite comparación. Dios es la sabiduría infinita y la majestad soberana y el gozo

de tan altísima e inimaginable perfección que eternamente arrebatará las inteligencias y las voluntades de todos los bienaventurados y siempre estarán bebiendo en El nueva dicha y nuevo gozo y viendo nuevas y más sorprendentes maravillas. ¿Qué serás, Dios mío, hermosura y amor infinito? ¿Cómo podría yo expresar algo de Ti?

Y Dios infinito está en mí, en mi alma, en mi entendimiento y está todo. El Infinito está en mi todo, totalmente, y está obrando su obra. La obra de Dios es la actividad infinita en el gozo infinito. La obra de Dios es la obra de dentro de su misma esencia en la sabiduría infinita y en el amor infinito. La obra de Dios es el entendimiento infinito, comprendiéndose a Sí mismo, engendrando la sabiduría infinita y produciendo el amor infinito: Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo en una esencia infinita. Dios es el infinito en todo bien y el creador de todo. Nunca puede tener más de lo que tiene, pues tiene todo lo posible. Nunca puede tener menos de lo que tiene, pues siempre es infinito. Dios no puede crecer, porque es infinito. Dios no puede disminuir ni perder nada de lo que tiene, porque es infinito. Dios no puede adquirir ninguna perfección, porque las tiene todas, ni puede adquirir ningún conocimiento que no haya tenido siempre, porque los tiene por esencia y es infinito.

Sólo puede haber un infinito. Sólo puede haber

un Dios. Si otro tuviera alguna perfección que no tuviera Dios, ya no sería Dios, y si se imaginaran dos infinitos con las mismas perfecciones exactamente, no habría distinción ninguna y no habría dos, sino uno solo. Para que haya dualidad se necesita una distinción o perfección de que carecería el otro. Dios es infinito, encierra toda perfección de un modo infinito y es criador de todas las perfecciones que existen y puedan existir, está en mí obrando, si yo quiero y coopero, la obra que he de gozar en El y con El eternamente.

45. ¡A cuántos he oído con harta frecuencia hablar de la monotonía que habrá en el cielo! ¡Pobres cieguecillos, que no alcanzan a comprender ni creen que Dios es la infinita hermosura y toda la hermosura! Me parece semejante al lamento que hiciera un ciego sobre la monotonía de los que, gozando de buena vista, ven la luz y los objetos, porque él no concibe la variedad de las hermosuras que se ven con la luz.

Me gozo, Dios mío, en volver a considerar esta reflexión: Vos siempre estáis obrando vuestra obra; vuestra obra no puede acrecentarse ni puede disminuirse. Vuestra obra es continuamente el sumo entender, el sumo amar, el sumo gozar en vuestras infinitas perfecciones. En Vos no caben las sombras ni deficiencia alguna. Vos siempre gozáis actualmente y tenéis presentes vuestras infinitas

perfecciones, perfecciones que siempre habéis tenido, que siempre tenéis, que siempre tendréis, porque ellas son vuestra misma esencia. Esta es la gloria, éste es el gozo, ésta la exaltación de la dicha.

Sueño yo con la dicha, con la felicidad, pero con una dicha y una felicidad tan pequeña y ruin como es ruin y pequeña mi capacidad, aun cuando a mí me parece grande. Cuando el Señor agrande en mí la capacidad de entender por *la luz de la gloria* y con la capacidad de entender se agrande también mi capacidad de amar, claramente veré que mi visión y mi entender de la tierra era oscuridad y ceguedad. Todo lo que entendía era nada. Al recibir esa *luz de la gloria* es cuando veré a Dios en su esencia y empezará mi gloria; empezará una nueva luz, una nueva dicha: la felicidad. Todo es como nada comparado con la infinita dicha y felicidad de Dios.

Dios siempre está obrando su obra, que es el infinito comprender, el infinito saber, el infinito amar y el infinito gozar. Para Dios nunca hay novedad ninguna y todo es siempre nuevo. Los mundos no son novedad para Dios. En un momento de esa vida infinita suya determinó crear los mundos que ha creado, y dijo: «Aparezca al exterior esto o aquello de lo infinito que El tiene en lo interior», y los mundos y la creación aparecieron. El poder de Dios es su querer. Lo que El veía en Sí mismo, todo vida, salió al exterior y sale en lo que

ahora crea y en la dilatación actual de los mundos que vemos, pues según me dicen los astrónomos, las galaxias se separan unas de otras a velocidades increíbles, y en los mundos que no vemos del universo material que se presenta a mis ojos y del mundo espiritual y angélico, más perfecto y admirable, pero que ahora no veo y veré en el cielo.

Dios no ha cambiado nada, no ha recibido nada nuevo. Dios está en la misma dicha infinita de toda la eternidad, en la misma hermosura y claridad, en la misma sabiduría infinita que siempre tuvo.

Dios está en el ahora actual de siempre, porque para Dios no hay pasado ni futuro. Dios es el *ahora* de dicha, siempre el momento presente.

Dios está siempre en el infinito gozo. En Dios no cabe más gozo, ni puede existir más gozo, ni puede perder nunca de su gozo infinito, porque es el infinito poder, el infinito saber, la infinita hermosura y encierra la perfección infinita. Dios mío, ¡estás en mí, todo en mí!, quieres llenarme de Ti. Me pides mi amor para llenarme del tuyo.

Bien me lo decía la filosofía al enseñarme que acto es la perfección existente y potencia es la capacidad para recibir una perfección que no se tiene. Y que Dios no tiene potencia o no está en potencia de recibir porque tiene ya la actualidad de todas las perfecciones o en El existen todas las perfecciones, y en cambio Dios es el acto sumo en

Sí y en el obrar. Dios no puede recibir nada nuevo que no haya tenido, que no tenga actualmente, que no tendrá siempre. Dios es el sumo acto, la variedad de todas las perfecciones en el gozo, en el poder, en el amar, en el saber infinitos. ¿Qué seréis Vos, Dios mío?

Y ese Dios infinito y omnipotente, ese Sumo Acto y perfección infinita está en mí. Yo me he consagrado a El. Todo lo que podemos comprender los hombres después de mucho pensar y soñar, todas las bellezas que pudiéramos acumular y todas las imágenes que pudiéramos fantasear de todas las perfecciones y reunirlas con todas las bellezas que se han dicho y escrito por los genios, comparadas con Dios, son como sombras de nada, como oscuridad y fealdad ante la luz de Dios. Se me ocurre: si yo encendiese una cerilla y me fuese posible ponerla junto al sol, nadie podría percibir la luz de la cerilla ni notar su calor junto a la inmensa radiación de luz y de calor del sol. Una cerilla junto al sol o en el sol es como nada. La creación entera, no el hombre solo, no el sistema planetario solo; la creación entera, con todas las jerarquías angélicas, comparada con Dios, es como nada.

Dios es el infinito y nunca puede haber comparación proporcionada entre lo finito, por grande y hermoso que sea, y entre lo infinito.

46. Los entendimientos de los bienaventurados y de los ángeles, levantados y agrandados por *la luz de la gloria,* ven directamente a Dios, ven la esencia de Dios y en Dios todas las cosas, pero no todos ven lo mismo. Todos ven cuanto pueden ver y quedan satisfechos; pero los más altos, los más santos, están más iluminados por esa luz de gloria y ven más. Los entendimientos de los más santos y de los ángeles más altos, que ven inmensamente más, más se gozan en lo que ven, más comprenden de lo inefable de Dios, más ven y comprenden de la hermosura y dicha de Dios y de sus misterios; participan más de esa vida, hermosura y dicha de Dios; participan más del amor increado y se gozan más amando y ven también más claramente que les falta más que ver de Dios. Porque Dios es el infinito sobre cuanto se puede pensar y cuanto más se ve en El, mejor se ve que es infinitamente más y que falta más que ver.

Pienso lleno de admiración en Jesucristo y en lo que entiende el entendimiento del alma de Jesucristo. Desde el momento primero en que fue criada por Dios el alma de Jesucristo, fue unida en unión hipostática a la Segunda Persona de la Santísima Trinidad, al Verbo Eterno, la Sabiduría eterna. Desde ese primer momento se infundió al entendimiento de Jesucristo más conocimiento y más ciencia que a todas las demás inteligencias criadas, más que a los querubines y serafines. El entendi-

miento del alma de Jesucristo, unido a la divinidad, tan inmenso, tan superior a todo otro entendimiento, ve a Dios y ve las perfecciones de Dios desde el primer momento de su existencia, como no puede verle nunca otro entendimiento criado, y ve más claramente que ninguna inteligencia que le falta más que ver en Dios, que Dios es infinitamente más y nunca llegará a comprenderle todo. Dios mío, ¿qué serás? ¿Cómo me formaré idea de lo infinito si sobrepasa toda idea?

¡Y ese Dios está en mí! ¡Ese Dios a quien alaban los ángeles, ese Dios que les llena de dicha y de gloria y a quien alaban y admiran por lo indecible que de El conocen, les produce aún más gozo ver que es tan insondable que les falta por ver infinito y siempre viendo novedades maravillosas irán viendo que les falta aún infinito! ¡Y ese Dios está en mí! ¡Ese Dios me ama y me quiere comunicar santidad, y quiere empaparme en su luz y en su gloria! ¡Ese Dios es mi vida! Es a quien yo me he consagrado. Dios mío amorosísimo, que queréis coger mi alma para hacer en ella la maravilla de la santidad, para empaparla en vuestro mismo amor, para transformarla en unión de amor con Vos. Y tanto os comunicaréis en amor a mi alma, tanto me llenaréis de amor, cuanto sea mi voluntad de entrega y de cooperación con Vos, cuanta sea la perfección con que practique yo las virtudes. Sólo Vos sabéis y podéis hacer esta maravilla; hacedla

en mi alma. Dadme voluntad para que yo decididamente coopere y de ese modo muestre que quiero.

Dios mío y Criador mío, sé que estáis todo en mí, infinito, porque Vos nunca podéis dejar de estar como sois. Estáis todo en mí no sólo por esencia, presencia y potencia, dándome el ser y conservándomele; estáis en mí por amor, amándome y deseando transformarme en amor cuando yo me prepare. Estáis en mi alma realmente, infinito y obrando vuestra obra y siendo mi vida, pero aún no os hacéis sentir ni os mostráis glorioso. La filosofía y más seguramente la fe me enseñan que estáis presente a mí y en mi misma esencia y estimuláis mi esperanza para que viva en caridad, pero aún no os puedo sentir glorioso.

47. Buscas, alma mía, una luz, una belleza; buscas un amor, un bien; buscas un alto conocimiento y dicha, porque Dios te ha creado para todo eso; pero la luz, la belleza, el amor, el bien, el conocimiento y la dicha que tú buscas es como nada ante lo que el Señor te tiene preparado y te dará; ante El mismo, porque el mismo Dios infinito se hará tuyo, se te dará glorioso y ya se hace tuyo y se te da ahora velado. Todo es nada ante lo infinito de Dios, para quien has sido criada. Sientes el ansia insaciable de lo infinito porque no le ves, no le palpas ni le gustas hasta que venga el empa-